

OBRAS PÚBLICAS Y RELACIONES PÚBLICAS

Por JOSE TORAN PELAEZ

Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos

Con motivo de la distribución de premios del Concurso "Santo Domingo de la Calzada", organizado por el Colegio, me solicitaron que preparase unas cuartillas sobre el tema, Obras Públicas y Relaciones Públicas. Mi intervención venía motivada por mi condición de miembro de la flamante y reciente Comisión de Relaciones Públicas.

Las Relaciones Públicas y su contexto social son tema propicio y sugerente para esos ensayistas que añoramos, capaces de nadar con agilidad y gracia por los mares intelectuales, cercando y cerniendo la verdad esencial de los temas que importan. Lástima que los pensadores de nuestro tiempo se sientan tan poco inclinados a barloventear contra la brisa fresca de cada día, porque estamos adentrándonos en el océano alucinante del mundo moderno sin la compañía vigilante y filosófica de los talentados delfines precursores.

Pero ¿qué son las Relaciones Públicas? La expresión es reciente y el significado impreciso para los españoles. Una suspicacia popular, muy nuestra, recarga el término de acentos picarescos considerándolos máscara o mampara de intenciones mercachifles. Lastran mucho los refranes, y la desconfianza cazurra sigue sospechando — subconsciente y falsamente — que el buen paño en el arca se vende. En el arca, señores, no se vende nada y, ya lo sabemos, hay que llenarla de naftalina para que no se apolille lo que guardamos. Hay que señalar, sin embargo, que no deben confundirse las Relaciones Públicas con la publicidad. Ambas, sin duda, persiguen la comunicación con el público, pero sus objetivos, si no antagónicos, son, por lo menos, totalmente distintos; la publicidad sólo pretende captar la atención, sugestionar al consumidor, imponer un producto y alcanzar, estrictamente, los beneficios correspondientes. Las relaciones públicas, por el contrario, aspiran a justificar la licitud de esos beneficios, pretenden entenderse con la sociedad circundante, quieren conocer las apetencias de la misma. Adaptándose a las exigencias de la colectividad, buscan el diálogo, la crítica y un conocimiento más acabado de esa sociedad que sustenta y condiciona no sólo al capitalista o al industrial, sino toda la acción con repercusión pública.

El recelo, en cierto sentido, está justificado; es indudable que la técnica de las relaciones públicas nació para respaldar actividades mercantiles: ganar clientes y hacer olvidar precios. Pero al constatar como cronistas imparciales el lastre semántico que acumularon apetencias más o menos espúreas en su origen, tampoco

podemos olvidar, en el haber de las relaciones públicas, los inculdables logros que han posibilitado.

La necesidad de encararse con el público y, en cierto sentido, de justificar la licitud de los fondos que de él se obtuvieron, ha logrado, por lo menos, algo que de por sí es trascendente: los nombres de Nobel, Rockefeller, Ford, Tuborg y March han perdido, por virtud de una nueva técnica sociológica — las relaciones públicas — su matiz mercantil y centrípeto; hoy son símbolos de un capitalismo consciente, ya no filantrópico, que fomenta y sostiene las actividades más nobles del espíritu humano. Los hilos de subsistencia que ligan la dinamita con la investigación, la cerveza con la pintura y los grandes almacenes con la poesía, son parte de una trama que va, paulatinamente, humanizando la existencia.

Pero en vía hacia nuestro objetivo directo, resulta marginal el análisis de que son las relaciones públicas como modo y técnica social. Pues en nuestro caso — el de las obras públicas — las relaciones públicas son la columna vertebral que las conforma. Sólo sabemos de otros dos en que tal cosa ocurra; la religión y la política. En la religión, la Iglesia; en la política, el partido: en la obra del país la zona social inmediatamente interesada, son los cuerpos que se interponen entre la vigencia de una verdad absoluta o relativa, verdad de Dios o verdad de hombres, y el pueblo que de ella habrá de sustentarse.

La obra pública ha de corresponder ecológicamente no sólo a la solicitación de la colectividad interesada que la reclama, sino que debe justificarse ante la totalidad del pueblo que la sufraga; y ha de ser, por lo tanto, respuesta concreta a las legítimas aspiraciones de todos. En este sentido, la información pública que acompaña al expediente de la obra y que la ley administrativa exige, prefigura, en el fondo, el aspecto esencial de las relaciones públicas que comentamos concorde con un orden social insoslayable. Todo un orden jurídico procura el acceso a la información a todo ciudadano interesado, posibilitando la exposición de sus demandas ante el técnico. La dimensión y el ámbito de la moderna obra pública subrayan la insuficiencia de un tablón de avisos perdido en el Ayuntamiento rural; para acreditar ante la colectividad la necesidad auténtica que debe respaldar toda obra pública, se requieren medios de difusión mucho más amplios y una auténtica relación pública, no sólo con el beneficiario directo, sino con toda la nación contribuyente.

La actual dimensión de la obra pública repercute de día en día sobre mayor y más variado ámbito humano y económico, influyendo no sólo en su inmediato dintorno, sino en todo el conjunto social que la respalda. Por ello hay que auscultar con oído fino la raíz misma de toda demanda para poder orillar plañidos pedigiñeos o tretas oportunistas.

No podemos creer en obras que nacen mágicamente de la lucubración onanista del ingeniero abstracto, que concibe y proyecta en su cubil de espaldas a la realidad colectiva, pues no sólo hay que vitalizar la obra, en su génesis, radicándola en la sincera necesidad pública, sino que hay que proyectar sobre ella la mayor luz posible para mover a esa colectividad a quien está dedicado, despertando su interés informándola e incorporándola al quehacer común para el cual es preciso coicintar fervores que han de ser, obligadamente, públicos y unánimes.

El ingeniero es el sacerdote que ve las necesidades radicales del pueblo. No puede haber ingeniero en un concepto serio del vocablo (naturalmente, no nos referimos a los pequeños tecnicastros), sin hilo directo con el pueblo, pues la problemática de éste es el mandato de su tarea.

El ingeniero tiene que apetecer comunicación bilateral, auténtica relación pública. Tenemos que informar de cuanto hacemos para aprender cuál es nuestro futuro quehacer. Ingeniero implica ingenuidad, liberación de prejuicios y servicio ante una colectividad que nos demanda. Una reacción a bote pronto. Una respuesta inmediata ante la valla que corta el paso de la colectividad.

La obra no es un ente abstracto, es el mecanismo interpuesto para aprovechar una dinámica social que se potencia entre la vocación popular y la función económica.

Las obras sabemos que sólo fallan por su cimiento; nunca quebraron por la estructura algorítmica, en la que la matemática se objetiva al servicio del proyectista. El hombre yerra en la apreciación de las concausas naturales, casi nunca lo hace en el empleo automático, preciso, de los instrumentos que le son habituales. El dos por dos es instrumento y nunca falla; pero sí falla la apreciación de si es dos o es cuatro lo que la tierra puede resistir. Por eso el ingeniero ha de ser, primero observador, después técnico; esta condición no tiene importancia. Pero, sobre todo, ha de ser artista; artista en cuanto a la capacidad de crear imaginativamente la contestación a las preguntas que ni el cliente, el pueblo, ni el condicionamiento, la naturaleza, le pueden brindar. Son las respuestas que sólo de las gracias, la de la G mayúscula y la de g minúscula, se pueden obtener.

Perdónesenos esta digresión conducente a llevar a vuestro ánimo con reiteración casi tozuda, el que el ingeniero no es el instrumentalista de técnicas rigurosas, sino el artista intérprete de las condiciones naturales que ante él se presentan con facies muy limitadas para derivar los componentes del problema que nos interesa.

Sería muy difícil que ningún ingeniero de verdad aceptara la responsabilidad de poner su erudición, su disciplina intelectual y su espíritu en trance para aprehender las posibilidades que la naturaleza, roca, agua y viento, ofrece a su obra pública, si no fuera por su vocación de servicio a la colectividad que le formó, le manda y le demandará. Por ello ha de cuidar de sus sistemas de auscultación de la voluntad del pueblo con igual fruición que cuida sus extensómetros. En la actividad ingenieril la elaboración del proceso matemático que termina en una terapéutica constructiva es problema sencillo su solución estrictamente técnica. Sin embargo, es muy difícil y merece respeto por parte del pueblo la fase previa, el diagnóstico, la puesta en juego de una sollicitación de radicación popular contra unas realidades que la naturaleza presenta y que sólo en cierta medida cabe evaluar y cifrar.

Analizamos la roca lanzando ondas eléctricas o sonoras que vuelven, después de repercutir, reflexionadas.

Por eso, porque comprobamos en nuestra tarea la necesidad de incidir y reflexionar todos los campos, nos permitimos solicitar la atención sobre un aspecto de las relaciones públicas, y que es fundamental para batir el campo que se les ofrece. Se trata de un problema de estilo.

El arte de las relaciones públicas es fundamentalmente retórico; es un arte de comunicarse, de decir, de explicar, y por ello reclama estilo específico y adecuado al tema: estilo propio. Pero la ingeniería civil, la ingeniería de frontera que los economistas llaman de infraestructura, no se acopla con la literatura *science fiction* a lo James Bond, pintiparada para ciencias de hombre mago o de brujo moderno. Pero nuestras obras, que perfilan poder sobre el horizonte inmedia-

to y permanente del hombre, requieren el tono noble para ser glosadas. Recordemos el ejemplo de Góngora que supo formular en tres versos todo un problema de regulación y encauzamiento, de ordenación hidráulica en definitiva:

*“... ríos violentos,
mal vadeados de los pensamientos,
y enfrenados peor en las montañas.”*

Es necesaria una épica poemática cuando se pretende llevar hasta el pueblo el significado de diques y arcos; menhires y dólmenes en los que seguimos buscando apoyo para defender las necesidades primarias del hombre: techo, suelo, agua.